

El Amor Loco

"Deseo que seas amada locamente"
André Breton, a su hija*

La llegada a la vida: Nos mece el sopor de un viaje a lo desconocido. Fluir, imaginar, esperar, atender, flotar, soñar un sueño marino, arrullarse en el no tiempo.

Nacer. Nacer y gritar. Gritar, gritar, ahogarse...sentir miedo...gritar...

Conocer las reglas del juego.

Algunos gritarán toda su vida porque siempre sentirán miedo.

No pude evitar acordarme, al aventurarme entre los añicos de *Sombre* (Thriller/Drama psicológico 1998), del sentir de otro excéntrico, célebre confuso, de corazón desenfrenado: André Breton, amante del sueño, soñador del amor.

Encontraba ecos de los parches, los mejunjes, las "fanstasmagorías" bretonianas en el *collage* desprendido de Philippe Grandieux, en este particular rompecabezas de un literal rompecorazones.

La indómita caligrafía de las pasiones se inscribe en ambos cual sentido único, como punto de partida de un trayecto sustancialmente descarriado desde cuya ventana acelerada se respira vértigo y se desprecia la cordura y la cadencia uniforme del *tour* que todos siguen.

En escena, el desfile de la introspección, la legitimidad pánica, la normalización de lo macabro, la degustación carnavalesca... lo que no deba ser, será. En las butacas, nuestras miradas de infantes despavoridos, desorientados y acusadores... reclamando un orden remoto.

Precisamente, *Sombre* es la tijera que acaba con esa cartografía maniquea de convicciones y convenciones recortando rutas antitéticas y patrones humanos desquiciados que finalmente se antojan naturales y admisibles.

Esto es posible gracias al impecable trabajo de focalización conseguido, fruto de la combinación de una insólita y oportuna fotografía (Sabine Lancelin), un Grandieux agresivo, cámara al hombro, subrayando la ocularización del protagonista; una planificación impresionista, de encuadres descentrados, desenfoques y deformaciones ópticas que transmiten la subjetividad de los personajes y un casting desafiante y enigmático, inesperadamente complementario; todo ello, por una vez, agitado, no mezclado, por el despliegue de un montaje al gusto del director, de corte experimental,

surrealista, casi interpretativo: el editor Françoise Tourmen, es el extra de *Jean*, en la arriesgada tarea de exponer su visión del mundo, de sí mismo y de la mujer.

Y es que merece ser subrayada la dimensionalidad de los protagonistas, contruidos sólidamente sobre el papel y despegados abruptamente del mismo con la pulsión antinatural de quien vuelve a la vida tras el letargo de la muerte: Dos seres imbuidos en silencioso tormento, marginales, criaturas de belleza trémula.

Él (Marc Barbé), cordero con piel de lobo, es todavía un niño que pellizca, destroza y se lleva a la boca cabezas de muñecas, fascinación que no digiere y le perturba. Se me antoja como un *Léolo* (Jean-Claude Lauzon, 1992) que ha crecido y, porque sigue soñando, le creemos y no está loco.

Ella, (Elina Löwensohn), siempre caperucita feroz en su vampírica encarnación de *Nadja* (M. Almereyda, 1994), llamativo experimento apadrinado por el surrealista honorífico David Lynch y cuyo oportuno título conecta asimismo a nuestra protagonista con el perturbado personaje (y novela) de A. Breton del mismo nombre. La virgen, pálido el rostro y serena melancolía, oculta, una vez más, una naturaleza poliédrica desconcertante: “Melibea” es y a Melibeo adora, en Melibeo cree, y a Melibeo ama.

Así *Sombre* se construye como un cuento viciado, tantas veces contado que se desvanece y se hibrida en la mente de un narrador *in albis*, atormentado por una historia que vivió y que se le escapa. Es una quimera que cobra vida en la oscuridad, que se repite una y otra vez, perdiéndose en las cortinas de la memoria cuando *Jean* amanece.

Su plasticidad se regala a la imaginación y a las sensaciones, como aquellos libros que fascinan a los niños, preñados de ilustraciones y escasa literatura, que no por ello carentes de lecturas: bosques, misterio, temibles criaturas, viajes a lo desconocido, damiselas en apuros, incluso hadas madrinas charlatanas. Sin apenas diálogos, entronca con competencias aprehendidas, con lecciones mil veces escuchadas (y otras tantas olvidadas) y con toda esa imaginería lechosa que parece agriarse en contacto con la realidad: No hay príncipe azul, ni se comen perdices. Aquí los amantes se devoran entre ellos, encontrando plenitud en la transustanciación de sus cuerpos, en la comunión mutua.

Sombre es un sueño roto, una historia de pasión convulsa, de amor loco, que erupciona desde lo más profundo del alma humana. Es el recuerdo resacoso de lo sublime, el ánimo de aquello que sucedió, que fue real, que estuvo entre nuestras manos y que siempre nos pertenecerá aunque lo hayamos perdido, que seguirá vívido tiñendo las mañanas frescas y el tiempo, y los caminos y cada etapa, con su nostálgica melodía.